

Los que refunfuñaron cuando la disolución de las patrullas de control se habrán convencido ahora de la justicia de aquella medida gubernamental: Las riquezas de España no pueden ser para el ciudadano "H" o para el grupito "B", sino para todo el pueblo. ¿Estamos de acuerdo?

ASI SON LAS CADENAS DE FRANCO

(Viene de la página primera.)

Puede decirse que han adoptado algunos usos españoles. Yo vi a un italiano buscar precipitadamente hierro para tocarlo. Es que uno de ellos, en melancólica conversación, había pronunciado esta palabra: Alcarria.

Y la convivencia italiana con la población civil?

Nadie, absolutamente nadie, les tiene un cable de afecto integral. Esto, aunque parezca necesario ponerle guiones de reserva, es exacto.

Podría incurrirse en el error, con ojos distantes, de que el fascista medular, el falangista, estaba enternecido de amor profundo hacia su compañero italiano de pánico. No es así. Resulta necesario decirlo, para alabarla o vituperio.

Hasta esa horrenda gentuza, que no le da otra aurora a España que la de una finca hipotecada o malvendida, hasta esa, no quiere con los brazos abiertos al extranjero protector. Diríase que la reverencia, le teme, le envidia. Mas desearía verlos a todos en sus naciones respectivas. Su agraciado, cocinado con salsa de odio, es el sentido hacia el usurero que nos admitió una prenda en empeño. Exactamente: el

ron los desahogos disquisitivos de las tertulias italianas abiertas a todos.

Alemanes

Son los alemanes, sin ninguna reserva de duda, los extranjeros a quienes con más frenesí se odia en la retaguardia fascista. No tiene tantas exteriorizaciones la animadversión hacia ellos. Es...

Es muy difícil encontrar en la retaguardia de los traidores concentraciones de fuerzas alemanas. Son técnicos alemanes los que deambulan por ciudades, villas y aeródromos. Hacen vida solitaria. No se "pegan" al fascio español. Dan un poco la impresión de fuerza ciega. De tener las pupilas exclusivamente clavadas en hacer la guerra. Sin importarles por qué la hacen. No tiene nada de particular que muchos de ellos ignoren que las payasadas del falangismo español quieran parodiar más al mechón desmayado de Hitler que a la protuberante mandíbula de Mussolini.

Pisan el suelo al andar como convencidos de ser los rectores de la guerra. De ostentar cada uno la ayuda decisiva en ella. Comentan con crudeza la frivolidad del fascio español. Y la del fascio

—en el regateo lo dejaremos en eruditio a secas—es hombre de viejo antifascismo. Davigaba en el coro alemán sobre la gracia del cuento germano. Sobre mucha gracia. Y las buenas raíces que había echado en el carácter español. Los alemanes, solemnemente, daban las gracias al eruditio en nombre de Hitler.

El eruditio forzó el tema, que se secaba rápidamente, ante la solemnidad alemana. Quería hacer psicología burlona. Quería contar un cuento alemán en un corro de alemanes. Y les contó uno cualquiera.

El desgastado cuento del que notifica a su amigo que la mujer de éste, metida en una habitación con un hombre, se despojó lentamente de toda la ropa.

Miró el eruditio a los alemanes. Esperaba de ellos, fatigadamente, el comentario. Con la fatalidad que el manzano da manzanas. Como el batirro se exacerba ante la jota que vuela. Y esperaba el eruditio que los alemanes terminaran fatalmente el cuento, para burlarse de ellos, para herirles con la risa, para desahogar taimadamente su coraje antifascista en Facislania. Pero no. Los alemanes se

ciones, la triste, la dramática historia amorosa de un moro y su madrina de guerra.

Contaron que el moro estaba cercanamente emparejado con otros "notables". Se

del otro lado son mejores para nosotros. Acaso en nuestra alma, al recurrir a nosotros, nos nació el orgullo de poner paz en lo que fué su lo sagrado de nuestros abue-

los.

Los alemanes, y el fascio español, tienen una gran simpatía por la causa republicana española, y se confia en su triunfo. Las incertidumbres del fascismo, Franco es un héroe árabe, por lo que todos los árabes del Mundo están obligados a ayudar a Franco—se dice a los musulmanes—ha introducido de nuevo en España a los árabes, llevándoles a la conquista de Granada, Córdoba y Sevilla, cuyas ciudades pondrá nuevamente en sus manos. La España árabe volverá a existir.

Contrastando con esta campaña, el Comité Antifascista de Palestina y el Sindicato de Obreros Judíos hacen propaganda antifascista y en favor de España.

El Sindicato tiene 45 colectividades que trabajan muy activamente en toda el Asia Menor. En el Comité Antifascista hay ya cuatrocientos obreros árabes, que ejercen influencia sobre miles de personas antifascistas.

Todos los obreros industriales son judíos y amigos de España. Los obreros agrícolas y los pequeños artesanos suelen ser árabes, y entre ellos, pese a la propaganda franquista, van ganando muchas opiniones.

Con los datos que he recogido en mi viaje y con lo que he visto organizaremos una nueva campaña de propaganda para que Palestina conozca con exactitud la verdad de la lucha española.

Vengo gratísimamente impresionado—terminó diciendo—de mi viaje por la zona leal. Después de ver a los hombres que en Madrid ofrecen sus vidas por la Humanidad, puede afirmarse rotundamente que la ciudad no será conquistada y que no está lejano el día de la victoria del pueblo español. (Argos.)

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un día, distanciando de la maestra andaluza, la había conocido al estar destacado en el pueblo del sur de España, en que ella tenía la escuela. Y, acaso, no fué nunca del todo correspondido en su afecto.

El moro, un